

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 20 DE DICIEMBRE DE 1886→

NUM. 260

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

**TEXTO.** — *Nuestros grabados.* — *Episodios cómicos de un viaje á Rusia* (continuación), por don Nicolás Díaz de Benjumea. — *Al pie de la caba*, por don Alfredo de Laffitte. — *El placer de los dioses*, por don A. Sánchez Pérez. — *Un Giffard de fuego*, por don J. Echegaray. — *El freno de Mac-Adán para los buques.*

**GRABADOS.** — *Doloroso recuerdo*, dibujo de Juan Fechner. — *Costa holandesa*, cuadro de Hermán Grobe. — *El bufón de la reina*, cuadro de F. Gilli. — *Antes de abrirse la Exposición*, cuadro de Hugo Birger. — *Aldea de pescadores en el lago Peipus*, cuadro de J. Klever. — *Gregorio el Magno, castigando á un codicioso*, cuadro de Wassili Wereschtschin. — *Un sueño delicioso*, cuadro de León Herbo. — *El buque «Ciudad de Florencia» con el freno Mac-Adán.* — *Freno para los buques, abierto y funcionando.*

## NUESTROS GRABADOS

### DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

En este mismo sitio, testigo ahora del intenso pesar de la joven viuda, se encontró ésta por vez primera con el hombre que había de ser su esposo. Se vieron, se amaron, se unieron con santo vínculo y el cielo bendijo su unión con el nacimiento de una hija hermosa como su madre, robusta como el autor de sus días.

A lo mejor de esta felicidad, la patria reclamó el concurso de la espada de ese hombre, y un fatal encuentro puso sangriento término á ese idilio, efímero como todas las dichas humanas. Por esto al encontrarse la pobre mujer en el lugar que fué cuna de su dicha muerta, las lágrimas inundan su semblante y hoy es para ella desierto triste lo que antes fué risueño paraíso.

El autor de este cuadro ha interpretado con acierto el asunto: el paisaje da perfecta idea de la soledad en que se encuentra la temprana viuda; hasta la inocente huérfana parece dirigir á su muñeca una triste mirada, parecida á otra de las muchas que á ella dirige su apesurada madre. Es uno de esos cuadros de los cuales puede decirse y no es poco: — Está bien sentido.

### COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

El mar es, sin duda alguna, el espectáculo que da al hombre una idea más aproximada de lo infinito. Será por esto que el mar tiene para los artistas tan poderoso atractivo. Innumerables son los cuadros que ha inspirado, y ninguno de ellos, sin embargo, puede decirse imitación de otro. Es que el mar tiene, asimismo, manifestaciones innumerables, y ora se le reproduzca en perfecta calma, cual si la voluntad de Dios enfrenara su orgullo, ora se le copie cuando en su soberbia, parece querer apagar con sus olas encrespadas el rayo que se fragua en la electrizada nube; el artista tiene campo vasto y variado para sus manifestaciones, ricas en poesía ó sublimidad.

Grobe se ha situado en la costa holandesa y debe haber pasado muchas horas en esa contemplación, mezcla de ensueño y vigilia, durante la cual la imaginación del artista ve las cosas de una manera muy

distinta de lo que las ve el vulgo de los mortales. Únicamente cuando el mar se aprecia con los ojos del alma, cuando la mirada vaga en la contemplación de la inmensidad hasta confundir el agua y el cielo en un mismo sentimiento de adoración; se producen marinas tan simpáticas, tan reales y tan poéticas á un mismo tiempo, como la publicada en el presente número.

### EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Gilli

Dijo el profundo Larra, en uno de esos artículos, cuyo fondo y forma nadie ha igualado todavía, que no se conoció jamás cosa tan repugnante como los bufones asalariados por los príncipes, á no ser los príncipes que asalariaban bufones. La reina de nuestro cuadro, según lo concibió su autor, no ha tenido el mal gusto de recibir al loco de la corte, y este ridículo personaje se resigna á lucir sus estrafalarias habilidades en presencia de cuatro damas de honor, que las encuentran deliciosas.

No hay en este cuadro ninguno de esos prodigios del arte que revelan á un pintor de primera fuerza: las cuatro damas rien bastante bien, y aunque animadas de un mismo sentimiento, la manifestación de éste resulta bastante variada. En cuanto al bufón es tan repugnante como Larra lo tenía concebido: repugnante, física y moralmente; su cuerpo es un engendro de la naturaleza en un día de mal humor; la expresión de su semblante es el espejo de un alma más fea aún que el mismo cuerpo. Si el autor se ha propuesto hacer repugnantes á esos seres á los cuales no nos permitiríamos llamar hombres, creemos que lo ha conseguido por completo; su cuadro es uno de esos epigramas que destilan sangre.



DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

### ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN cuadro de Hugo Birger

Hubo un tiempo en que, dondequiera que se reunía numeroso concurso, eran de ver dos emblemas que lo dominaban todo, una campana que citaba á los adoradores de Dios y un ramo de pino que citaba á los amantes del vino. Hoy se ha suprimido casi por completo el primer emblema, y en cuanto al segundo el *restaurant* ha sustituido á la taberna, con algunas ventajas en la forma aunque bastante discutibles en el fondo.

El *restaurant* es inseparable, por ejemplo, de toda *Exposición*, tan inseparable como la sombra del cuerpo; y por cierto que lo de la sombra no debe entenderse siempre en el sentido del arte. Sombras hay en esos banquetes preparatorios de las exhibiciones artísticas, más imponentes que la de Banco en el festín de Macbet. Para disipar esas sombras, que amenazan en forma de desaire del Jurado ó de falta de compradores de aquel lienzo en que se han cifrado tantas esperanzas y para cuya ejecución se han contraído tantas deudas, se echa mano del conjuro eficaz del *champagne* y del ponche que se escancia con más ó menos orden, pero siempre en abundancia.

Birger es un pintor que conoce á su gente y la ha reproducido del natural. La mayor parte de los bustos del cuadro son retratos; la gran mayoría de los personajes, artistas sorprendidos *in-fraganti*. La composición es animada y si no produce en el ánimo impresión durable, es porque el asunto no es de los más á propósito para excitar sentimiento alguno de esos que se imponen hasta involuntariamente. Las escenas vulgares de la vida real nunca se prestarán á grandes manifestaciones del arte. Con ellas se hacen á lo sumo bonitos cuadros, como el de Birger.

### ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS, cuadro de J. de Klever

En la exposición berlina llamada del *Jubileo* ha llamado la atención este cuadro, muy principalmente por su fuerza de luz, circunstancia imposible de apreciar en un grabado. Es de ver, empero, la sobriedad de recursos empleado por el autor y esa misma desnudez de la naturaleza, tan á propósito para hacernos formar idea exacta de la otra desnudez que reina en las cabañas de esos pescadores que deben tener formada del mundo una idea bien mezquina y bien triste.

### Gregorio el Magno, castigando á un codicioso, cuadro de Wassili Wereschtschagin

El pontífice Gregorio I, llamado *el Magno*, fué consagrado en 3 de setiembre del año 590 á la edad de los cincuenta años. Varón dotado de vasta ciencia, controvierten algunos su carácter, suponiéndole arrebatado en algunas ocasiones hasta el punto de hacer odiosas sus mismas justicias.

Los que tal sostienen, dan cuenta de un hecho que no sabemos se halle seriamente comprobado. Dicen, y tal es el asunto de nuestro cuadro, que mandó enterrar vivo á un hombre á quien los hábitos codiciosos habían hecho cometer toda clase de excesos.

Verdad ó leyenda, el asunto se prestaba á algo superior en su género; pero el lienzo en cuestión, sin carecer de recomendables condiciones, no corresponde al aliento que supone el hecho de escoger un argumento que, por lo extraordinario, predispone á la exigencia de parte del público y de la crítica.

### UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

Precioso estudio ejecutado de mano de maestro. No cabe mayor corrección de dibujo, ni pastosidad mayor, ni más delicadas tintas; y sobre todo, no es posible transparentar con mayor verdad y poesía á un tiempo el sueño del amor que embarga á la hermosa criatura. Se ha dormido leyendo á Shakespeare: no hacía falta que el artista consignara en la cubierta del libro la obra en cuya lectura la había sorprendido el sueño. La joven que así duerme y así sueña no podía leer sino *Julietta y Romeo*.

### EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLAS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

—¿Se atreve V. á tirarse?— preguntó asombrada la señorita Natalia, que este era el nombre de la interesante joven.

—Señorita, me tiraré yo de la cumbre del Chimborazo, y de la luna á este globo, seguro de bajar ileso, con tal que me estuviere mirando ese par de ojos.

Y diciendo y haciendo, seguí camino arriba sin esperar réplica. Es verdad que en aquel pequeño espacio de tiempo se me ocurrió que ¿quién me metía á mí en aquel trance, donde sin perder la vida, podía perder la dignidad rodando por el suelo como costal de patatas? pero había pasado el Rubicón y no era tiempo de volver atrás. Llegué, ví, me senté, tomé bastante aliento, apreté los dientes, extendí los brazos como remos, y encomendándome á todos los santos volatines, dejéme despeñar por aquel abismo. La sensación que en este descenso rápido se experimenta es indescriptible, por lo menos la vez primera y cuando va mezclada con dudas, escrúpulos y temores. Sólo diré que desde el instante en que dejé el punto de apoyo hasta el momento en que cesó la fuerza impulsiva, no tuve verdadera conciencia de la marcha del tiempo, y si me hubiesen preguntado cuánto tardé, habría dicho que un año y un día. Volví los ojos y ví que desde lo alto de la montaña me saludaban y victoreaban como á un héroe, lo cual fué ponerme espuelas para subir la escala de la otra montaña, que en otro abrir y cerrar de ojos me disparó y devolvió sano y salvo al lado de los testigos de mi serenidad y no digo sangre fría, porque en aquel momento debía estar á ochenta grados sobre cero: que un gran esfuerzo de ánimo produce los mismos efectos que un gran esfuerzo físico. Recibí los plácemes y escuché las expresiones de asombro con cierto orgullo interior, pero pensando más en lo que me quedaba que hacer que en lo que había hecho. Sin que hubiese un voto en contra, todos confesaron que era yo un piloto seguro y un conductor de confianza para encargarme de la preciosa carga de cualquier señorita por tímida que fuese, y valido de esta aura popular, convidé á la joven Natalia para mi tercera expedición.

¡Oh, *vis suprema forma!* como exclamaba el gran poeta latino. ¿Hay nada en el mundo que transforme, divinice, avasalle é impere como la juventud y belleza de la mujer y más cuando esta belleza se oculta á la mirada y como por la uña al león se la construye por un solo rasgo? Aquellos ojos azules, grandes, ideales, aquella complexión blanca y trasparente de la tez, y una nariz *irreprochable*, como suelen decir los retratistas franceses á la pluma, no podían ser parte sino de un todo perfecto. Al modo del naturalista, á quien dan un miembro ó hueso de una especie viviente desconocida, y por él calculan su forma y dimensiones, había yo figurado y refigurado en mi fantasía el talle, el pié, la mano, el cuello y el cabello de Natalia, y entonces deseaba que nunca de otro modo se vistiera, para que nadie más que yo gozase del encanto de su hermosura.

Al tomar de nuevo aquel vehículo en miniatura para lanzarme en el espacio con tan gentil compañera, se me vinieron á la mente todas las expediciones célebres de hombres y dioses con la dulce compañía de una sirena en su regazo, y me parecía soñar, y bendecía á Rusia y sus incomparables costumbres, tan lejos de tener imitación bajo el insociable y escrupuloso clima del Sur de Europa.

—Usted llamará á esto bajar á la tierra, — dije á Natalia, cuando estábamos en la altura, — pero yo le llamo subir al cielo y en compañía de un ángel.

—¿Cree V.?

—No, por fe, señorita, sino porque lo veo. Usted se presenta á mi vista como espíritu puro, ocultando el cuerpo y dando sólo á ver el alma por el cristal de esos ojos. Ya ve que soy de los que distinguen la joya del aderezo y el brillante de la montura.

—Lo veremos.

Llegó el ansiado momento. Si entonces me hubieran propuesto cambiarme por el soberano más rico y poderoso del mundo, habría declinado reverentemente la proposición. Mi fantasía se desbordaba sobre abismos de inesperada dicha al pensar que aquel serafín bajado del cielo, á la dulzura de cuya mirada se derretía mi corazón, iba á estar dentro de poco en mis brazos, que podía estrecharla á mi sabor y sentir los latidos del suyo. Yo debía ser presa de una fiebre, porque conocí que el abrigo que me cubría estaba demás. Parecíame la temperatura algo más insufrible que la del Senegal, y sentía calor bastante para ir á explorar el polo Norte de frac y corbata blanca. Solté también los guantes como apéndices inútiles, y sentándome en el trineo recibí tembloroso la preciosa carga. Un segundo después volábamos á razón de treinta leguas por hora.

Al revés de mi primera, presentía que había de parecerme corta mi segunda expedición; pero en este breve espacio, ¡cuántos mundos de ilusiones y de felicidad! Deseaba yo que aquella pendiente se prolongase y diese cien vueltas á la superficie de la tierra, quería entrar en otro laberinto como el de Teseo, renunciando al hilo de Ariadna. ¿Por qué, decía para mí, no han construído los hombres una montaña rusa que corte en zig-zag los senos de nuestro planeta? Y á todo esto estrechaba la cintura, digo más bien, el *blindaje* ó coraza de blandas pieles que deformaba el talle de mi sílfide, hasta el punto de hacerla exclamar: ¡V. me ahoga! y acercaba los labios á su cabeza creyendo poder besar la presunta cabellera rubia, y... pero, ¡oh suerte caprichosa y cruel! En aquellos breves instantes de felicidad suprema, divisó frente de mí un punto negro, casi imperceptible en la distancia, que se acercaba y crecía en magnitud, como vemos agrandarse un tren expreso que corre en dirección á nosotros, y por último, se presentaba bajo la forma del fantasma perseguidor de mi reposo, á quien dejamos rondando tranquilamente el muelle inglés. Mostrar miedo en aquellas circunstancias estaba fuera del programa. Me sentía capaz entonces de hacer frente, no digo á un polizonte ruso, sino á la policía pública y secreta de todas las potencias de Europa con el mismo Vidocq en persona á su cabeza; pero esta rebelión de mis ímpetus de independencia debieron producir algún estremecimiento nervioso, porque nuestro trineo torció su dirección, y queriendo enderezarle, le hice dar una voltereta en la que creímos caer rodando por la helada senda. Ya iba yo á exclamar para mi piel, ¡adiós poesía, prestigio y éxtasis de amor! pero á dicha pudimos resistir aquella rotación rápida, y el vehículo siguió de nuevo el camino recto.

El retorno fué más feliz, y por lo tanto desafia á toda facultad descriptiva; pero cuando sentado en el trineo regresaba á la capital llevando al lado á mi bella compañera, mi rostro estaba pálido, mis labios mudos, la mirada vaga y las manos temblorosas. Natalia, por el contrario, parecía una amapola.

—¿Se siente V. mal?— me preguntó dulcemente.

—Nunca me he encontrado mejor.

En toda la jornada no cambiamos más que estas palabras. Tras la excitación pasada, había sobrevenido una reacción terrible. El abatimiento se apoderaba de mi espíritu y el frío del cuerpo, cuyas extremidades tenía ya insensibles. El cristal de los ojos se hallaba cubierto de una finísima capa de hielo, las pestañas parecían agujas que se chocaban al cerrar dificultoso de los párpados. El bigote semejava hecho de bayonetas de luciente acero, según brillaba el cristal de hielo trasparente que envolvía á cada tubo capilar, y esta rigidez impedía de tal modo el movimiento de los labios, que imposibilitaba de todo punto la emisión de la palabra. No obstante, la sensación general era por extremo agradable. A no estar tan cerca de una beldad, habría creído que era el bienestar enga-

ñoso que precede á la parálisis mortal del enfriamiento; pero ¡helarse al lado de una mujer hermosa, cuyas mejillas despedían vivo fuego! Sobre todo, ¡helarse un andaluz!

Pero los elementos son inclementes y para las leyes naturales no hay subterfugios. Al frío del Norte le tenía sin cuidado el que yo fuese hijo de la tierra de María Santísima, y no hacía más que recompensar la audacia de haberme salido á afrontar veintidos grados bajo cero, próximamente con el mismo abrigo que usamos en cualquier capital de España. En efecto, yo había contado con que era de la raza

De gente que regelea,  
Y tiene en las venas brea,

y de que llevaba calor natural para una temporada de cinco ó seis meses; pero lo que me llevé fué un gran chasco. El color de la cera, signo inequívoco de la congelación, apareció en las puntas de nariz y orejas. La pobre Natalia exclamó alarmada: ¡V. se huela! y tocando en la espalda al cochero, le llamó la atención hacia mi fisonomía risueña y beatífica, cual la de un anacoreta en éxtasis. El cochero detuvo el caballo, saltó á tierra como un gamo, tomó dos buenos puños de nieve, y sin pedir permiso empezó á refregarme dichas extremidades, como quien lava un mascarón de proa, expuesto muchos años á la intemperie. Bien veía yo que aquella faena sería necesaria para salvar los tales miembros; pero ¡cielos! ¡así se rompe la poesía de un cuadro! ¡así se perturba aquella situación romántica con un fregado ignominioso de nariz en las barbas del adorado objeto! Yo me dejaba manosear, porque no había otro remedio, viéndome sin acción en las manos; pero á media voz no pude menos de decir:

—¡Ay, señorita! ¡cuán poco entiende este besugo de venturas de amor! Dejárame morir dulcemente al lado de V. y moriré dichoso.

Concluída la fricción, salió el caballo al galope y en poco tiempo se halló reunida la caravana en la gran Morskaja, donde nos separamos, no sin decirme Natalia, que otra vez no desafiase indiscretamente la crudeza del clima, pues aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca.

XI

Al entrar en mi residencia de Larski Doma, la variación de temperatura fué por lo menos de cuarenta grados. Parecíame estar en uno de los salones de calefacción de los baños turcos. La sangre empezó á afluir á las extremidades y entonces sí que sentía la impresión algo dolorosa del triunfo del calor vital sobre el mortífero hielo. Después hubo un período de verdadero *comfort* ó bienestar, y luego comenzaron á fatigarme las consecuencias de una reacción tan violenta y rápida. Las partes más combatidas por el frío semejabán hervideros. Parecía que la sangre, desalojada de las partes donde había vivido, venía en doble cantidad á recobrar el domicilio y corría de una á otra parte jugueteando y celebrando la reconquista. Toda esta función interior, se reveló al exterior por un tinte primeramente sonrosado, que fué pasando al rojo y después al pimentón, y luego al amarillado ó abernjenado; y el exceso del líquido vital se tradujo en una hinchazón que crecía gradualmente, adelgazando los tejidos y epidermis de tal modo, que quería saltarse afuera tomando una apariencia como si fuese carne viva, y todo esto acompañado de un peso y foga de esas extremidades, como si verdaderamente se hubieran trocado en derretido plomo.

Mr. de Clairville notó aquellos estragos, y haciéndome poner un poco de *cold cream*, me dijo que no temiese, pues la sangre volvería á buscar su equilibrio, y que el peligro estaba en descuidar una de esas partes, hasta el punto de ausentarse de ellas la última ráfaga de calor, que por la fricción externa sirve de medianera y conductora de nueva circulación de la vida, porque entonces aquella parte se marchita, seca y arruga, y concluye por desprenderse como apéndice inútil.

Un doméstico ruso entró en la habitación, y saludando profundamente, dijo:

—*Abiada gatof, payatte*, — que en cristiano quiere decir: la comida está lista, pueden Vds. pasar. El apetito era voraz, pero donde quiera que fueres haz lo que vieres. En un extremo de la galería, que yo había hecho mi comedor, porque daba á un precioso jardín de invierno, había una mesa redonda cubierta de fiambres y estimulantes de todo género para abrir boca, y comenzamos este exordio antes de entrar de lleno en la función gastronómica. El caviar, las ruedas del salchichón de Vich y de Lyon, las sardinillas de Nantes y aceitunas de Sevilla, sirvieron de agujas de ensartar el seco de Jerez y el amargo de Torino, á guisa de descubierta ó vanguardia destinada á preparar en el local digestivo una recepción de los alimentos, como convenía á la alta reputación del jefe de la cocina, Mr. Jules, ex-jefe culinario de varias notabilidades dinásticas y diplomáticas, y autor de un libro, en vía de composición, con el título de *Filosofía del gusto*, donde continuaba la gran obra que empezó con tanto aplauso el inolvidable santo padre de la *gourmandise*, Brillat-Savarín.

Apenas nos sentamos á la mesa, Mr. de Clairville me recordó la promesa que la noche antes le había hecho de revelar el misterio de mi conflicto con el individuo de la policía. A decir verdad, me sentí avergonzado de tener que relatar accidentes, que á veces me parecían puerilidades, temiendo no fuese á representar un papel ridículo.

—Si V. no lo lleva á mal, — respondí, — aun le pediría un nuevo plazo. Baste decirle por ahora, que el fondo de la cuestión no es más que susceptibilidades de un carac-

ter libre é independiente, acostumbreado á vivir en una nación gobernada por un régimen liberal.

Esto nos hizo venir como por la mano á hablar del estado y porvenir de la Rusia. Mr. de Clairville era de estos jóvenes cosmopolitas que engendra la banca y el comercio, para quienes el mundo va bien y la sociedad es inmejorable, mientras arrojan un buen saldo á su favor los libros de caja.

- Yo no diré á V. que la Rusia sea una nación perfecta, - observó, llenando de camino una honda copa de legítimo *Château Lafitte*; - pero si V. se abstiene de hablar de política y de religión, de murmurar del Czar y de su gobierno, y de fumar en las calles y plazas, puede V. moverse y vivir á su talante.

- Como un pájaro en su jaula.  
- Concedido; pero hay diferencias de jaulas. Algunas son tan grandes, que puede el pájaro revolotear sin topar con los hierros. Después de todo, ¿qué es el mundo más que una jaula inmensa? La verdad es, que en Europa se tiene muy pobre idea de lo que es este pueblo. Se cree que es un gran desierto de nieve y hielo donde sólo se curten pieles para carteras y petacas, de las muchas alimañas que lo infestan. Pero veníamos á cuentas. V. ha visto ya algo de su capital, y no podrá menos de convenir en que es una ciudad grandiosa y elegante. Los rusos de las clases alta y media tienen una educación refinadísima, el trato es amable, los espectáculos públicos no ceden en magnificencia á los de París y Londres, el lenguaje usual de la sociedad culta es el francés, los trajes, la alimentación, las costumbres de la sociedad están cortados según el mejor modelo parisiense. ¿Qué más puede V. pedir á una nación que hace un siglo estaba aislada, concentrada y amurallada como la China, para el contacto europeo?

- Yo no pediría tanto, - respondí, - si es que ha de haber una nación propiamente rusa, lo cual no es interés mío, sino de sus naturales. La cuestión es muy complexa hoy día á juzgar de la marcha de una nación. ¿Se quiere que un pueblo nazca, crezca y se desarrolle por sus propias fuerzas y según su carácter propio, para que ofrezca un tipo excepcional, individual, distinto, y venga con él á resolver algún problema social, político ó económico? Entonces, la Rusia se ha cortado las alas, Pedro el Grande ha sido su mayor enemigo, introduciendo semillas exóticas, abriéndola á todos los vientos, dándole un exceso de vida y de progreso artificial, que no podrá seguir sin llegar á un gran conflicto con las instituciones nacionales. El caso queda reducido á este dilema: ¿Qué es mejor? ¿el sistema de repulsión ó el de atracción y asimilación? Para mí ha concluido la época de gestación nacional aislada. Lo que pueden dar las naciones con una vida exclusivamente propia y aislada, ya lo hemos visto. Cada nacionalidad nos trajo una idea, un principio, una conquista en la ciencia del vivir y del ser de un Estado. Concluyó el trabajo parcial para dar lugar al colectivo.

(Continuará)

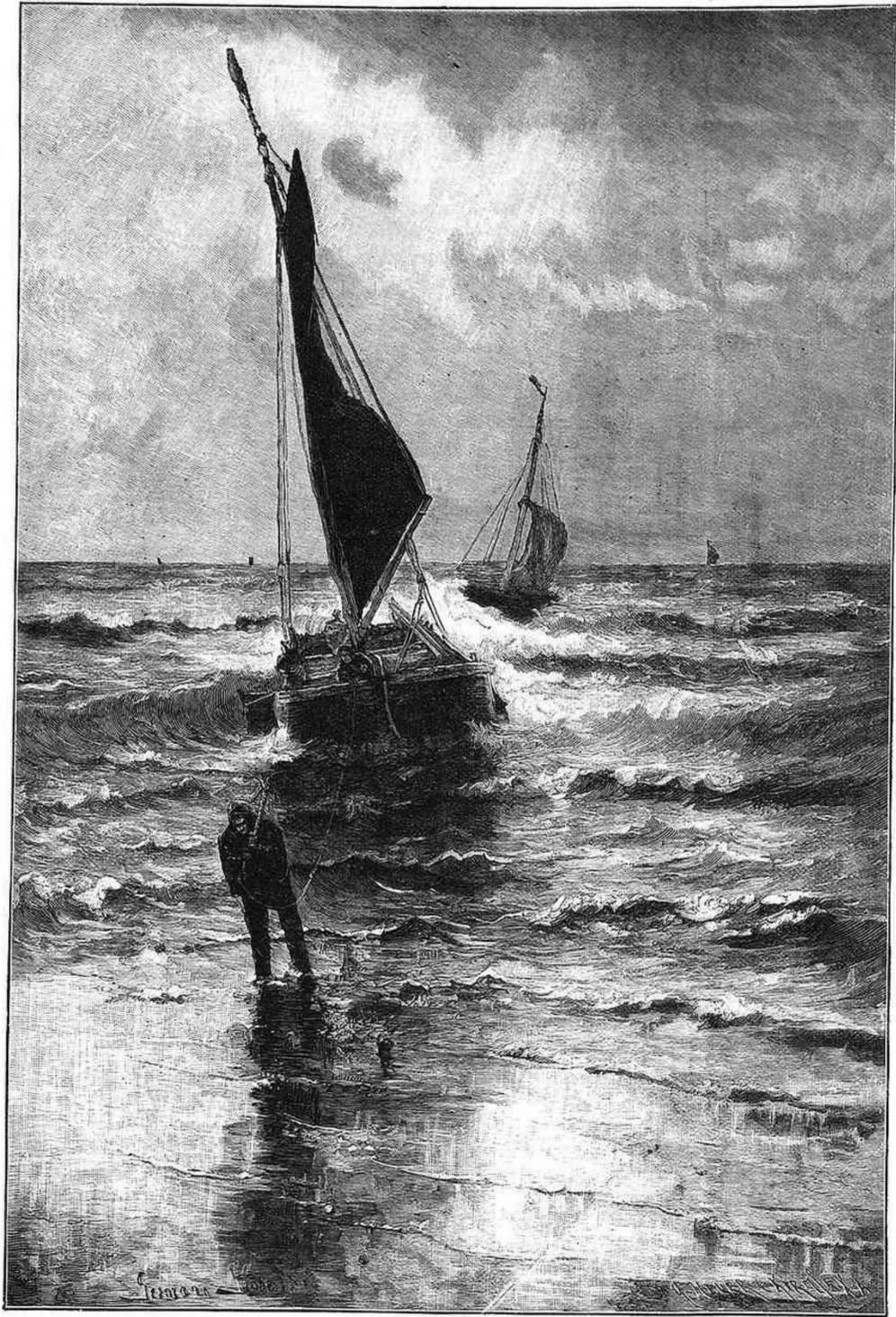
AL PIE DE LA CUBA (1)

(Costumbres euskaras)

El manzano, árbol bajo y extenso, de raquíca figura cuando no está en flor y de semejanza en su copa á una sombrilla, fué el destinado á hacer un grandísimo papel en el Paraíso, como que albergó en su tronco al genio del mal, á Lucifer, y en su fruto todos los males de la tierra, transmitidos á la humanidad por un mordisco de mujer.

Y el hombre, exasperado con la pérdida de tantos bienes, estrujó con rabia y venganza este fruto; mas ¡oh sorpresa! las lágrimas de la manzana sirvieron de consuelo á los desheredados del Paraíso, porque queriendo reparar el

(1) Este artículo forma parte de una recomendable obra: *La tierra Euskara*, publicada últimamente en Tolosa por D. Alfredo de Lafitte. El autor nos cuenta en ella lo que ha visto y lo que ha sentido en ese país, que para los vascongados constituye la predilecta patria dentro de la patria común de los españoles. En libro poco abultado y de agradable lectura da á conocer sus montes y sus valles, sus poblaciones y sus puertos, sus tipos y sus costumbres. ¡Bendita tierra la tierra euskara, con la cual hasta tal punto se encariñan sus entusiastas hijos!



COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

mal causado por su intercesión, dió en su zumo exquisito néctar que hoy se conoce con el nombre de sidra.

Los verdaderos aficionados á esta bebida la acechan, la buscan en el campo ó la ciudad; y cuando al catar de una de las cubas descubiertas, ya en un lejano caserío ó taberna de un pueblo inmediato, la califican de superior, este descubrimiento es más celebrado que el de Colón y la gente acude en masa al lugar designado, y durante tres ó cuatro días el cosechero, dueño de tan preciado tesoro, tiene su romería asegurada.

Al anuncio de una buena sidra todos abandonan el trabajo. Antes era un crimen el acudir en coche ú otro medio que no fuese á pie; pero en el día la abundancia de vehículos delante de la sidrería ó en el crucero más próximo, si no hay carretera hasta la puerta, denota que han variado los tiempos y que las facilidades que nos proporciona la época hacen que la comodidad sea atendida primero.

El núcleo de concurrentes á la apertura de una *sagar-día* lo componen principalmente cortadores y artesanos en gran número, propietarios de pequeños comercios, *indianos*, marineros, obreros y algunos señoritos desocupados que gastan boina, y el contraste que forma esta abigarrada colección de trajes y colores, extraña sobremanera; pues allí se ve, entre la faja y blusa del pescador y jornalero, el *chaquet* y hongo del *indiano*, y entre las maneras finas del hombre educado, el tosco ademán del rudo campesino.

Si la sidra se expende en el casco de alguna población ó aldea, á la puerta del establecimiento bullen compactos grupos de gente que sirve de anuncio con su presencia.

El local es lóbrego y oscuro, almacén sin ventilación en el que lucen las candelillas mañana y tarde. Por estrecho portal obstruído con hilera de bancos sucios y desvencijados tiene acceso, y en primer término y á la humeante luz del aceite se distingue una larga fila de cubas enormes que en su negrura parecen colosales elefantes adormecidos; aquí y allá barricas, toneles, leña, hojarasca, bancos y alguna silla incapaz, todo festoneado de moho y las paredes cubiertas de humedad y profusión de telas de... araña. Braseros de piedra para asar entre sus candentes cenizas la modesta sardina ó el trozo de mal abadejo, y chirriantes sartenes friendo en sus entrañas rojos chorizos ó

lonjas y magras de jamón hostigadas en su evolución con punzantes dientes de tenedores de estaño, por manos de mujeres especuladoras. El gran bebedor, como el buen artillero al pie del cañón, no se separa de la cuba y allí en aquella atmósfera insalubre de humo, olor y humedad va apurando trago á trago el ansiado mosto. Dadle al tal sujeto una mesa pulcra, una habitación aseada, manjares en vajilla, y os dirá que la sidra en esas condiciones se desvirtúa y que es preciso beberla dentro de aquel antro.

Una ó dos dulcineas, según la afluencia, escancian en copas que se hallan colocadas en barreños ó cubetas repletas de agua en la que están en remojo, y las pobres mujeres no cesan un momento de mover el grifo, llenando y volviendo á llenar los vasos del solicitado néctar que á la incierta luz de las candelillas parece oro.

Los *gourmets* de sidrería tienen siempre para merendar escogida lista de comestibles, y ya son las tiernas chuletas ó los exquisitos *entrecots* ó la abundante callada, la dorada merluza frita, las famosas trimpollas (tripas de merluza) ó las frescas anchoas á la papillote, porque el género francés ha adquirido carta de naturaleza hasta en las tabernas; pero el mísero peón y el infeliz pescador, que pululan por entre aquellos *tripasais* (tragaldabas), se contentan á la fuerza con la sardina en el pan, cuyas migajas van á parar á las fauces de su inseparable perro.

El entusiasta consumidor, que nunca separa la vista de la cuba, ve con pena cómo extrañas y para él profanas gentes acuden en crecido número á comprar al por mayor y llena el primero sus toneles, otro infinidad de botellas, otros cántaras y *herradas*, para llevarla á vender fuera de aquel clásico recinto ó despacharla en sus casas.

Esto le disgusta en alto grado; es arrancarle la fibra más sensible de su corazón, porque vislumbra en período breve el término de su muy amado brebaje.

La contabilidad de las escanciadoras no ofrece quebraderos de cabeza, y eso que en ocasiones se arma gran confusión y barullo; se fian de la buena fe de los parroquianos. Cada consumidor al tomar el vaso va cantando el número de los que debe; *bigarrena*, *iaugarrena*, *amargarrena* (segundo, cuarto, décimo), y á la conclusión de su tarea hace el resumen total y paga religiosamente. A veces, como la cuenta sube al vaso número veinte ó treinta, le cuesta más de un cuarto de hora de discusión el arreglarla, y se comprende.

Si la sidrería se ha abierto en un caserío, la decoración varía; pues si bien en el fondo es la misma, en la forma presenta mayor colorido y abundancia de aire, luz y espacio.

La gente, las cubas, las meriendas, todo es igual, mas cambia la escena que generalmente se verifica en el establo de la casería; mientras el concurrente bebe, recibe el saludable aliento de vacas y terneros, oye la chillona música de los cerdos y se encuentra si se descuida con una coz que sale de entre tinieblas, y cuyo autor se adivina siempre; un manso asno. Pero á su capricho tiene el bebedor, si quiere, el gran salón de la naturaleza para comedor, con la verde alfombra por mantel, y los frondosos árboles por toldo, y las diversas cocinas que al aire libre se improvisan para satisfacción de su estómago.

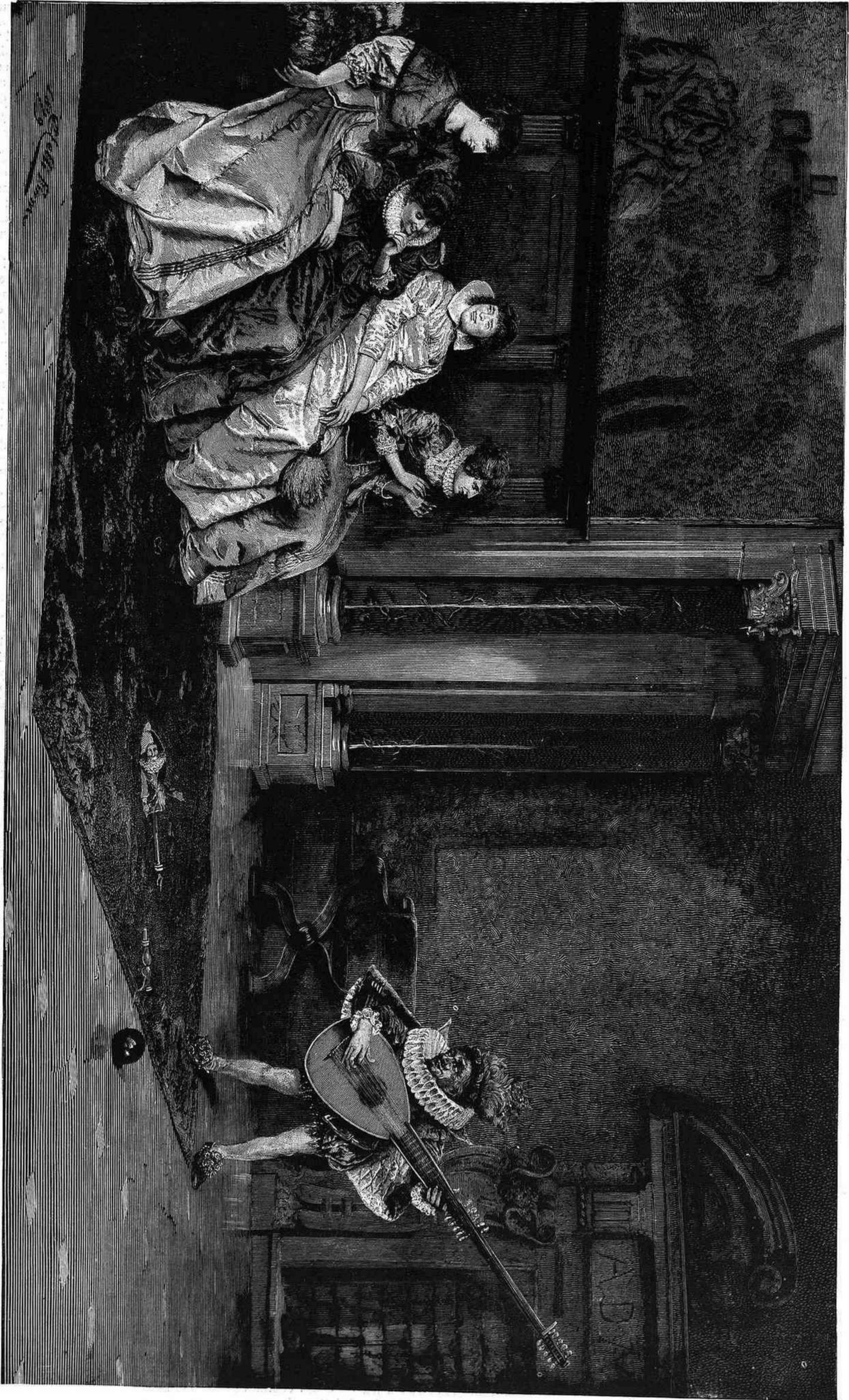
Su vista se recrea viendo jugar algunas partidas de bolos ó al interesante *chott* (impropiamente llamado en castellano *toca*), y en sus oídos repercuten los dichos y oportunidades de los famosos *eranzalles* (bebedores).

En la calle, hay que advertir que en vascuence con esta gráfica denominación se indica la ciudad ó pueblo de alguna importancia, las sidrerías se hallan en sótanos con el correspondiente cartelito anunciando la mercadería, á la puerta; pero sidrería en sótano, almacén ó caserío, el aparato escénico es el mismo y únicamente se observan las diferencias de que ya hemos hecho mención.

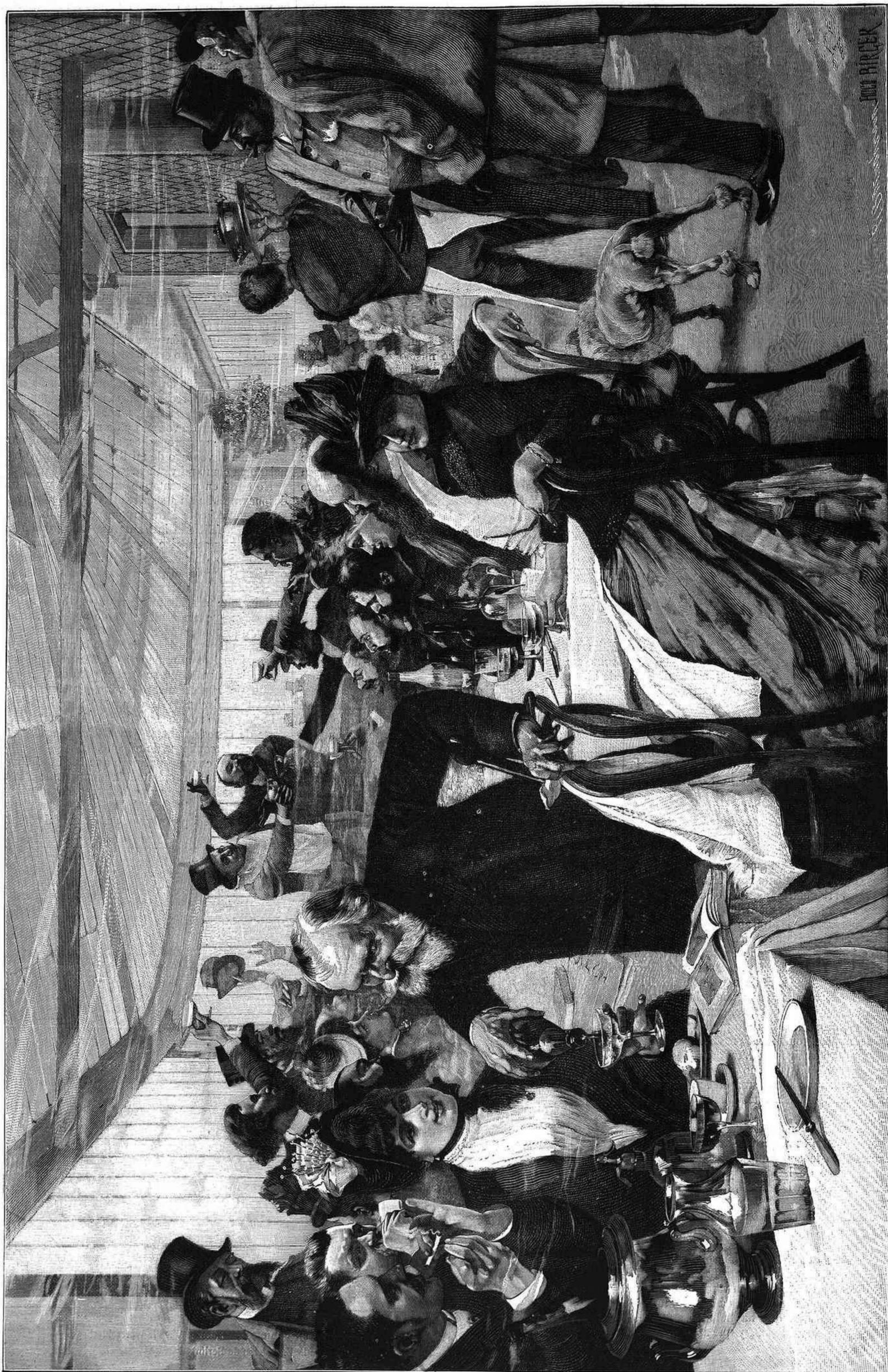
*Ir á la sidra*, es la frase que emplean los favorecidos de ella cuando se dirigen casi todos los días de paseo á echar un trago.

Y vamos á conocer ahora este tipo *amateur* de la *sagar-día*.

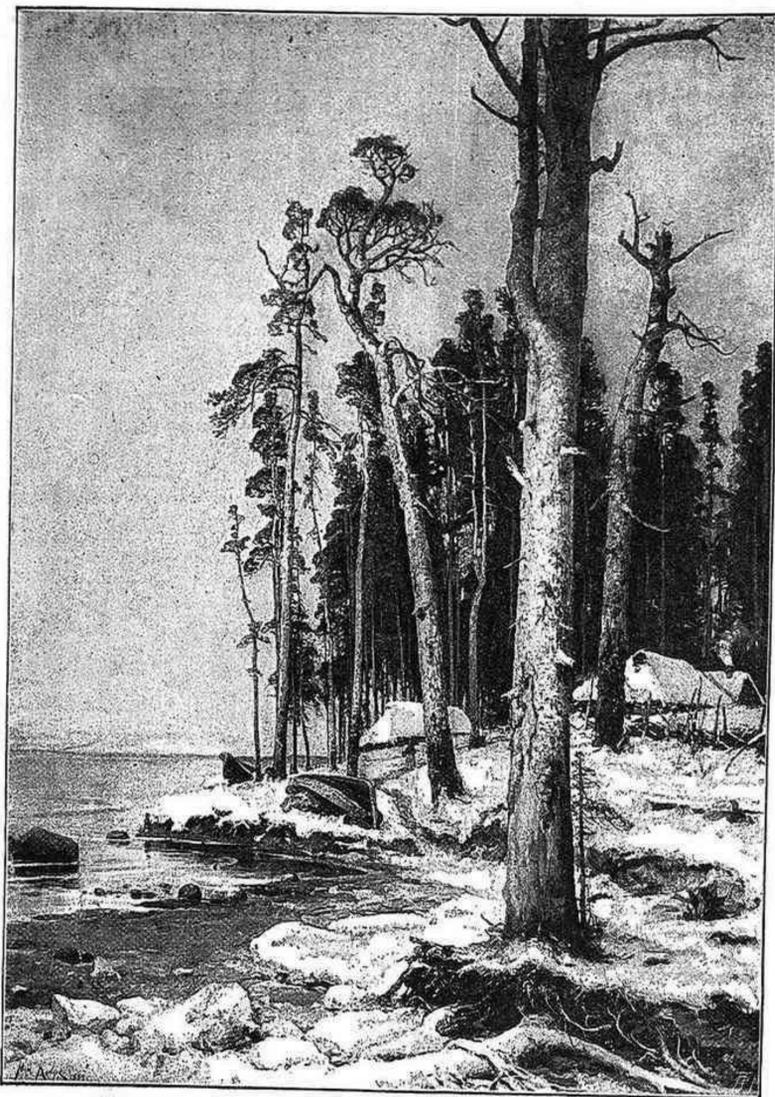
Manuel ha hecho dinero con el tráfico de ganado y colocado sus intereses en papel del Estado, Banco y sociedades de crédito, con cuyo objeto ha aprendido á leer, escribir y contar lo suficiente para poder enterarse diaria-



EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Goya



ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN, cuadro de Hugo Birger



ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS, cuadro de J. Klever  
(Presentado en la Exposición de Berlín)

mente de la cotización de la Bolsa; y como no tiene otro quehacer, se dedica exclusiva y buenamente á comer, pero á comer de lo lindo, para descansar, así lo dice él, puesto que bastante ha bregado ya con cuernos. Todas las mañanas da su vueltita por el mercado, porque eso sí, ¿para qué ganó tanto dinero sino para comerse lo mejorcito que aparezca en la plaza? ¿para quién han de ser los primeros besugos, los primeros chipirones (calamares), las primeras lampernas (percebes), las tiernas legumbres, la rica fruta, las producciones todas de la tierra, sino para Manuelito?

Al mediodía come espléndidamente, toma café y copa, y después de terminada con calma tan importante función se dirige pian, pianito, por carretera ó camino vecinal, según su destino, á donde le han indicado los aficionados que se vende la mejor sidra. Da gusto verle por esos caminos de Dios con el consiguiente bamboleo de su cuerpo hercúleo, su gran barba entrecana, una cara que parece un sol, su pesado continente, el fardelito con la merienda en una mano y el garrote en la otra, andar algunos kilómetros hasta dar con la deseada *mezquita*.

A la llegada saluda á sus conocimientos, que por lo regular son todos los fuertes bebedores, y se sienta en un banco al pie de la cuba; en seguida saca de su pañuelo-fardel las provisiones; poca cosa, alguna merluza de ocho ó diez libras ó una tajada de sustanciosa carne, como que es sastré que conoce el paño; é ínterin se lo preparan, comienzan un rosario de vasos, tomándose media docenita para hacer boca. Le rodean amigos, admiradores y guasones que quieren *tomarle el pelo*, y alguno que otro caballero de hongo que ha cultivado su amistad en Madrid ó Valladolid cuando Manuel iba á estos puntos por asuntos mercantiles.

Entablada la conversación, cuidadito con interrumpirle ó hacerle observaciones; es muy susceptible y no aguanta bromas; destroza el castellano y aun el vascuence, su lengua nativa, pero habla de las cortes y de la corte, del ayuntamiento y hasta de la Dominica, que tiene un puesto en el mercado.

Entretanto, merienda la carne con cuchara para que no se escape el jugo, y lo demás con los cinco mandamientos, tragándose el pan por libras.

La rociada de sidra es tanta, que asalta el temor de que ésta no hace más que cambiar de sitio. La cabida de *la cuba* de Manuel es de veinte á treinta vasos diarios, y su complacencia explicar quinientas veces á cuantos le quieren oír la cantidad de sidra que ha bebido en los cincuenta años que lleva de existencia, y que á su juicio llenaría la bahía de Pasajes.

Al oscurecer, y después de haber pagado el gasto de sus amigos, que no en vano es poderosísimo señor, emprende la caminata de vuelta á pie, él no pierde las antiguas y buenas costumbres; pero en recompensa, al llegar á las puertas de su casa, se le desarrolla un apetito tan voraz, que cena opíparamente, vacía algunas copitas de aguardiente y se acuesta tranquilamente hasta mañana, que se repite la misma función.

Este es uno de los pocos tipos clásicos de sidrería que quedan; pues que la mayoría, como hemos dicho antes, acude en grupo más ó menos numeroso, pero casi siempre en coche, y alguna vez en ferrocarril, según el lugar.

La tradicional romería á la sagardúa no existe ya apenas; la cerveza y el vino han concluído con ella, así como el moderno *restaurant* con las meriendas en el campo.

A pesar de todo, el lema de los escasos aficionados que permanecen fieles á las antiguas tradiciones, es que la buena sidra debe beberse al pie de la cuba.

ALFREDO DE LAFFITTE

## EL PLACER DE LOS DIOS

(Conclusión)

No descenderé á pormenores que yo mismo conozco apenas: fué la historia de siempre, la historia eterna de la virtud desvalida y débil en lucha desigual con el vicio fuerte y poderoso. Sagradas promesas de casamiento, amorosos extremos vencieron al fin la virtud de Rafaela que sólo advirtió cuán loca y cuán imprudente había sido cuando era demasiado tarde para remediar la locura ó corregir la imprudencia.

Ese pobre inocente que por ahí juega bien ajeno de su desgracia, fué el desdichado fruto de aquellos amores; su padre había desaparecido de Madrid algunos meses antes de nacer Rafael, encargando á uno de sus más

íntimos amigos que arreglase este desdichado asunto como esa gente cree que se arregla todo, con un puñado de billetes de banco.

Recibí la triste noticia en Filipinas y desde entonces sé que no matan las penas: no sé lo que pasó por mí, ni sé lo que pensé, ni sé lo que hice; sé solamente que á los seis meses de conocer la noticia me encontraba en Madrid.

Abracé á mi pobre hija que, deshecha en llanto, apenas se atrevía á levantar hasta mí sus hermosos ojos; abracé á mi mujer, ¡pobre mujer! que para descargar á su hija de toda culpa, echaba sobre sí los cargos de imprudente y descuidada; besé al pequeño, inocente fruto de la cul-

pa, y después juré por la sagrada memoria de mis padres que vengaría á mi hija y lavaría con sangre mi deshonra: juramento sacrílego que llevé á cabo.

En vano se arrojaron á mis pies mi mujer y mi hija; en vano apelaron á cuantos recursos les sugirió su ternura: nada oí, nada quise saber sino el nombre del seductor; no me lo dijeron ellas, pero me fué fácil averiguarlo. Cuando lo supe, cuando averigüé también su paradero, repetí con más fuerza y mayor encono el juramento que había hecho.

Todos los tormentos me parecían pocos para castigar al osado, al impío que había profanado la pureza de una joven tan hermosa, tan buena, tan noble como mi Rafaela.

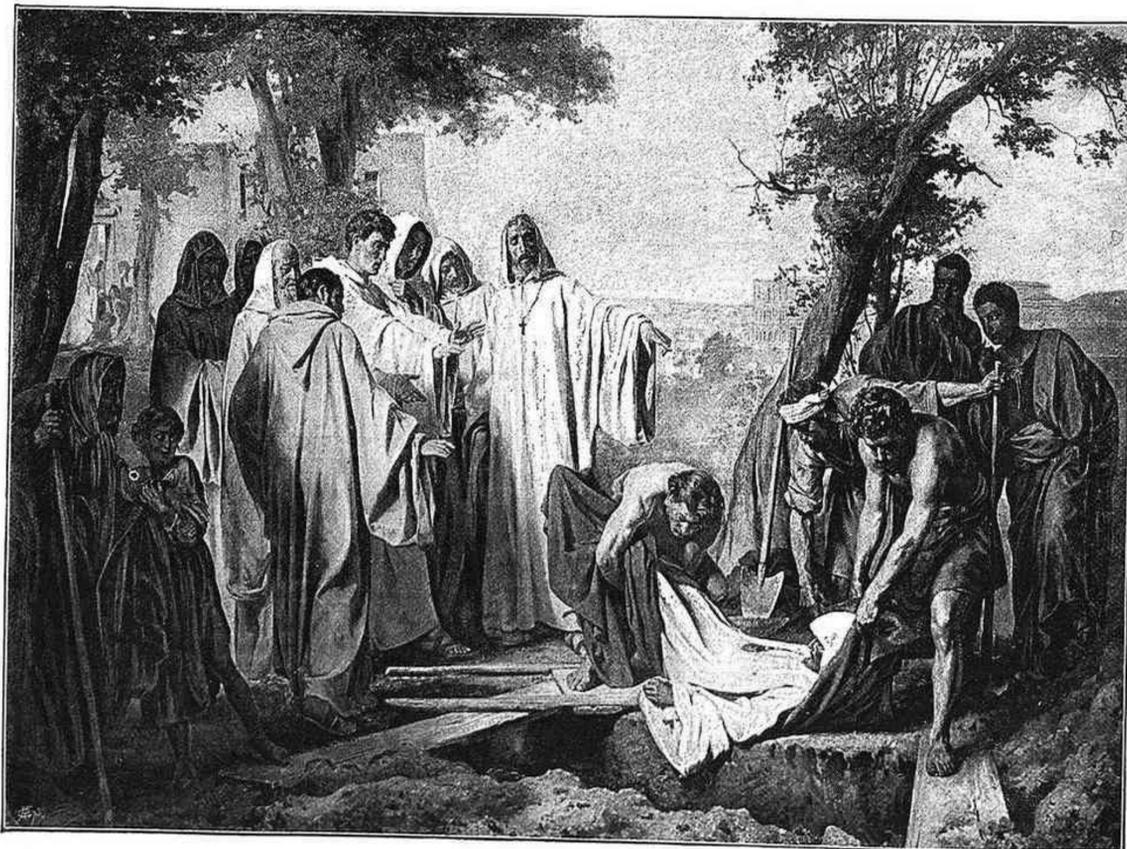
Este pensamiento me quemaba la frente y me hacía concebir y madurar horribles proyectos.

Con tranquilidad que ahora mismo me espanta formé mi plan, lo medité con todo detenimiento, estudié sus dificultades, discurrí la manera de orillarlas, preavicé los obstáculos y encontré medios para vencerlos, y una vez ultimado mi plan, púsemelo desde luego á llevarle á efecto.

Comencé por presentarme, con las reservas que mi situación de proscrito exigía, á mis antiguos parroquianos que, si bien censuraban lo que tenían en mí por fanatismo político, estimaban mi honradez y se hacían lenguas de mi probidad: fácilmente pude procurarme expresivas cartas de recomendación para el seductor de mi hija á cuyo servicio pretendía yo entrar como hombre de confianza, y nadie extrañó que yo ocultase mi verdadero nombre dada la crítica situación en que me encontraba. Provisto de buenas cartas de recomendación y de algunos aunque no muy abundantes recursos, me despedí de mi mujer, á la que no había de ver más y de mi pobre hija, y sin darme cuenta de mis propósitos, salí para Barcelona donde se hallaba el verdugo de mi Rafaela, el que yo había señalado ya como mi víctima.

No tardé en presentarme en su casa, y poco tiempo después me admitía á su servicio. Cuando por primera vez me encontré frente á frente con aquel hombre, con aquel joven cuya felicidad insolente era un verdadero insulto para mi desgracia, rico, considerado, lleno de comodidades, rodeado de placeres, sin límites para el deseo, sin obstáculos para la ambición; cuando pensé que aquel que solamente felicidades conocía, me había privado á mí de lo único que mitigaba mis amarguras y hacía llevadera mi desgracia; que un pasatiempo de aquel miserable gran señor, un rato de placer de aquel infame había sido bastante para causar la desgracia de toda mi familia, sentí impulsos, impulsos muy poderosos, de arrojarme sobre él y sumergir mi puñal en su pecho; pero esto, que hubiera hecho sin remordimiento alguno, sin temor de ninguna clase, me privaba de la vida, y yo necesitaba vivir para mi hija y para su inocente Rafael. Me contuve, pues, á costa de duros combates y sacrificios penosos, y procuré captarme la confianza de mi amo.

El crimen es mas ingenioso que la virtud ó es que el hombre presta mas crédito á la mentira que á la verdad: el hecho es que, en muy poco tiempo, conseguí apoderarme del espíritu de Gonzalo, así se llamaba el padre de Rafael. Llegué á presumir que Dios era mi cómplice: tan



GREGORIO EL MAGNO, CASTIGANDO Á UN CODICIOSO, cuadro de Wassili Wereschtschagin  
(Presentado en la Exposición de Berlín)

absoluta, tan completa fué la confianza que Gonzalo depositó en mí: era yo una necesidad para él; de mí se aconsejaba en todos los asuntos arduos de su vida; conmigo consultaba las cuestiones de intereses. No podía separarse de mí, y así lo confesaba él ingenuamente.

Este resultado me había costado dos años. Durante es-

tos dos años nada escribí á mi familia, que ignoraba completamente mi paradero.

Entretanto mis proyectos de venganza se aproximaban á su realización, y yo solamente esperaba una oportunidad que no podía tardar en presentarse, para poner término á mi tarea.

Esta oportunidad llegó muy pronto. Mi amo había resuelto, sin consultarme esta vez, salir de Barcelona con dirección á Italia. Habíame encargado de tomar papel sobre plazas italianas y de convertir en oro todo el capital existente en casa, encargo que yo no había cumplido teniendo considerables sumas de efectivo capaces de tentar la codicia del ladrón más descontentadizo y avaricioso.

Así las cosas, me puse de acuerdo con el jefe de una cuadrilla de bandidos que se ocupaban en dar golpes de mano cuando el negocio era seguro y de consideración. Nuestro trato se cerró fácilmente, porque mis condiciones no podían ser más aceptables para mis cómplices. Ellos debían esperar una señal mía para penetrar en la casa cuya puerta yo habría dejado sin cerrar. Ya dentro de la casa, debían sujetar, manietar y amordazar á mi amo, dejándole para mí, para mí solo, y ellos después podían llevarse tranquilamente dinero, billetes, alhajas, mobiliario, cuanto quisieran; yo nada quería de aquello: mi parte de botín era Gonzalo, aquel ladrón de mi felicidad, aquel asesino de mi hija. Yo le veía en sueños, yo pensaba en él despierto y le contemplaba á mis pies mudo, espantado, tembloroso; me veía blandiendo el puñal y hundiéndole una, dos, tres, cien veces en su infame seno, y gritándole para responder á sus gritos de angustia: «mírame, soy el padre de Rafaela, de esa pobre niña cuya honra ha sido para tí un juguete, cuya felicidad has destruído con criminal indiferencia;» y cuando pensaba en esto me sentía feliz, la venganza era para mí más que la vida.

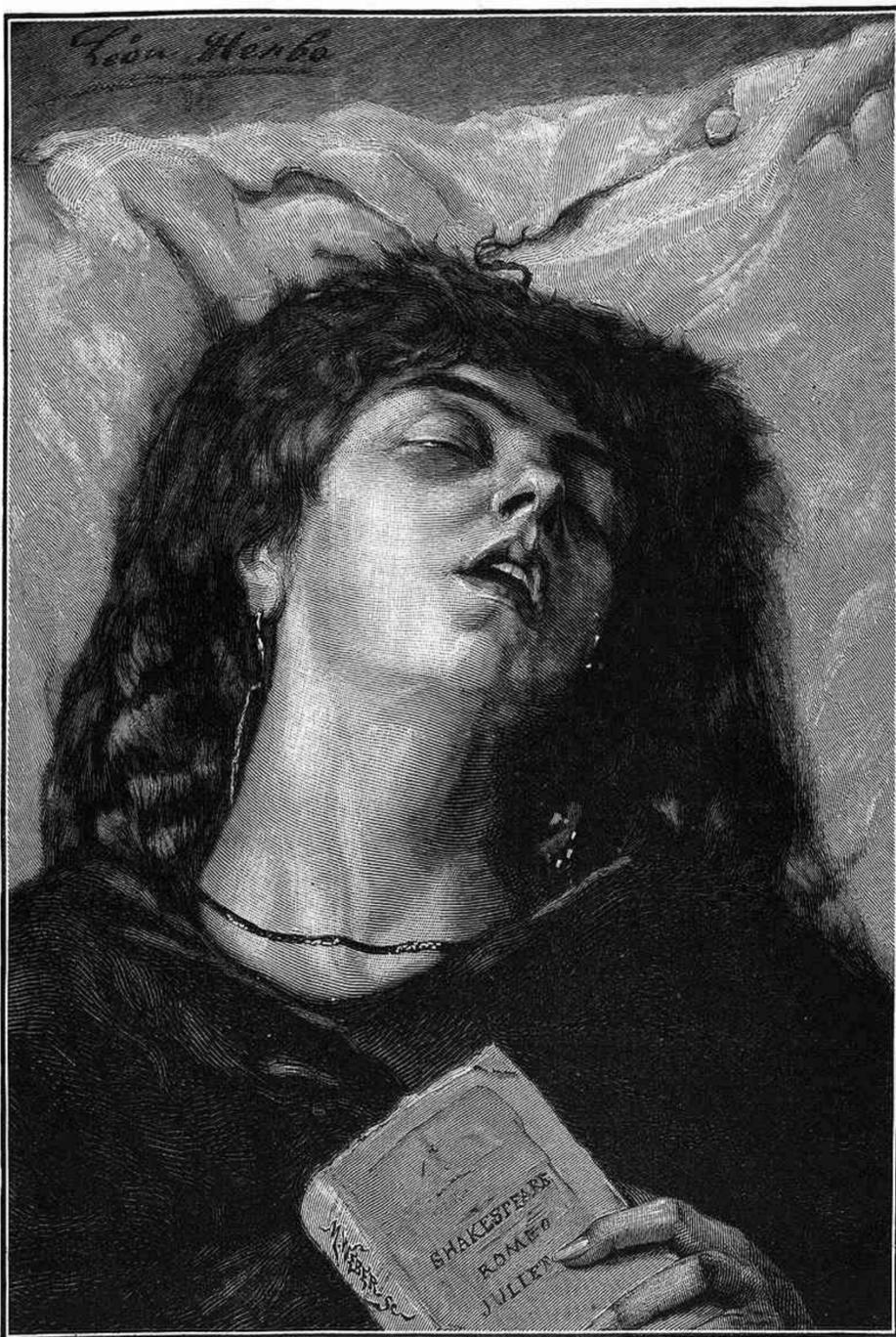
Llegó la noche con tanto anhelo esperada; los ladrones apostados alrededor de la casa, esperaban mi señal; inmediatamente después de hecha, debían introducirse en la casa: yo había sacado previamente las cápsulas del revólver de mi amo y había quitado la carga á sus pistolas.

Aquella noche los contentulios de Gonzalo, otros jóvenes tan atolondrados como él, se retiraron tarde: yo cuando salí á despedir al último, dejé entreabierta la puerta y me apresuré á hacer la señal. El corazón me latió con violencia y más de una vez tuve tentaciones de cerrar la puerta y renunciar á mi proyecto en el momento mismo de realizarle.

En estas angustias me hallaba cuando oí la voz de mi amo que me llamaba; entré en su cuarto y le ví que se paseaba midiendo á largos pasos el salón que le servía de despacho.

«Manuel, — me dijo cuando me vió entrar, y sin interrumpir su paseo; — tú no eres un servidor para mí, eres un buen amigo. Muchas veces te lo he dicho y ahora voy á probártelo. Vas á encargarte en mi favor de una comisión difícil y delicada; pero tengo completa seguridad en que sabrás desempeñarla perfectamente. Tú ignoras á qué voy á Italia: pues bien; voy a casarme; pero la mujer con quien he de unirme no está en Italia, está en Madrid. Es una joven, tan bella como virtuosa, á quien amé y de quien fui amado. No es mi igual por el nacimiento, pero ¡ay! es superior á mí por el corazón. Razones de familia, exigencias ridículas de la posición me obligaron á cometer con ella un crimen que de seguro sabrá perdonarme: la abandoné y pretendí olvidarla, no lo he conseguido; comprendo que mi cariño durará lo que mi vida dure y que el remordimiento de mi falta no dejará de atormentarme mientras no le dé mi nombre y mi mano legitimando así el fruto de este amor. Yo deseo que nuestra unión se verifique en Italia para evitar las habillitas y las murmuraciones á que daría motivo una boda desigual: pasaré con mi mujer algunos años en Italia, Alemania y Francia, y me volveré á Madrid donde sólo verán en mi mujer, no la hija de un obrero digno y honrado, sino la condesa de X. Quiero pues, y esto es lo que de tí solicito, que salgas mañana mismo para Madrid, que busques á Rafaela N., que vivía hace muy pocos años en (dió las señas de mi casa), veas á su madre, una honradísima y buena mujer, digna madre de tal hija, entregues á una y otra estas cartas que para ellas he escrito y en las que me declaro solemnemente unido á Rafaela y las hagas que se pongan en camino de Italia á donde quiero que las acompañes...»

Pintar á V. las diversas emociones que al escuchar estas palabras experimenté no cabe en lo posible: el placer por una parte, el agradecimiento por otra, la alegría de ver á mi hija honrada otra vez y feliz para siempre, el temor de que aquello fuese un sueño; todo pasaba y repasaba por mi cabeza sin darme punto de reflexión; todo lo veía en un confuso montón de revueltas ideas, y cuando loco de alegría quería precipitarme á los pies de Gonzalo, cua-



UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

tro hombres, que sigilosamente habían llegado hasta la habitación gracias á los medios por mí facilitados, se arrojaron sobre mi amo y le ataron sin que pudiera defenderse. Yo, sin pensar en lo que hacía y sin recordar que estaba indefenso, corrí al lado de Gonzalo, le desaté, me apoderé del revólver que sobre la mesa había y disparé inútilmente: yo mismo había descargado el revólver; ni mi amo ni yo teníamos armas; quise gritar y los ladrones que no comprendían mi traición ni se explicaban mi actitud, se dividieron en dos grupos para inutilizar á los dos enemigos. Ví caer á mi amo, muerto al parecer, sentí un golpe terrible en la cabeza y caí aturdimiento y sin conocimiento.

Al llegar á este punto, suspendió mi compañero su relación por algunos minutos. Hallábase visiblemente afectado. Roguéle que aplazase para otro día la terminación de la historia, y me dijo: «no, falta muy poco ya y prefiero terminarla ahora.»

Cuando recobré mis sentidos, me encontré en la sala de presos del hospital. Entonces supe que mi amo había muerto á consecuencia de sus heridas, pero que había tenido fuerza para prestar declaración; que las declaraciones de Gonzalo me habían sido muy favorables; que había dicho que era yo el hombre más honrado y más probo del mundo y que como servidor leal y decidido había caído á su lado dando mi vida por defender la suya; declaró que, si le sobreviviese, era su voluntad que fuese yo dueño de cuantos valores suyos existían en aquella casa que los ladrones abandonaron al cabo sin robar sorprendidos por la policía, aunque no capturados. Estaba, pues, en la sala de presos, no por el crimen cometido entonces que fué siempre un secreto, sino porque al registrar mis papeles se identificó mi persona y se supo que era fugado de Filipinas: un indulto vino á poner término á mi prisión; pero no á mis remordimientos que no me abandonan ni un instante.

Por más que hice, cuando busqué las cartas que Gonzalo me había dado para mi hija, no conseguí encontrarlas: si la justicia se había incautado de ellas, no creyó conveniente desglosarlas del proceso; si no se incautó de ellas, en el trastorno de la refriega se extraviarían y acaso por papel inservible las arrojaron después á la calle. La verdad es que hube de abandonar á Barcelona sin poder llevar á mi hija este consuelo del tardío arrepentimiento de su desnaturalizado padre y la noticia de los dignos propósitos del padre de su hijo.

En Madrid supe que mi esposa había muerto ya y encontré moribunda á mi hija. La noticia de lo ocurrido en

Barcelona á Gonzalo había llegado á conocimiento de una y otra; y aunque nada dijeron, sé perfectamente que adivinaron de dónde había partido el golpe que mató á Gonzalo: sabían cuáles eran mis sentimientos al abandonar á Madrid y temiendo constantemente una catástrofe, mi silencio les causaba el terror que inspira siempre lo desconocido. Mi santa mujer no pudo resistir el golpe: mi pobre hija, mi hija querida sobrevivió muy poco á su madre. Cuando logré verla, estaba expirando. Apartó su vista de mí, me pareció que con horror, y me señaló á su hijo que jugueteaba á los pies de la cama alegre y risueño como ahora le vemos.

Comprendí su recomendación muda y juré obedecerla. Desde entonces vivo para Rafael... y sólo por él vivo.

Mi deseo de venganza le dejó sin padre; mi deseo de venganza dió la muerte á su madre; mi deseo de venganza le ha quitado un apellido ilustre, una posición brillante, toda clase de bienes, ¿qué puedo yo hacer, pobre de mí, para darle algo que compense lo que le he quitado?

Aunque le diera mi vida, que no vacilaría en dársela, ¿qué vale mi vida para él?

Crea V., amigo mío, que este pensamiento me hace llorar.

Por eso cuando oigo á cualquiera hablar de venganza, el terror se apodera de mí, y ni sé lo que digo ni comprendo lo que hago.

Diga V. si no está justificado con esto... Al llegar á este punto, se acercó Rafael fatigado de su continuo ejercicio y preguntó con angelical sonrisa: «¿Habéis acabado? ¿puedo quedarme aquí ó me voy al banco de enfrente?» Don Pedro sentó á Rafael sobre sus rodillas y le enjugó el sudor que corría por su tersa y pura frente de ángel. Yo contemplé con muestra de verdadera compasión al pobre niño, estreché la mano del viejo y me separé de ellos. Les he perdido de vista después, pero no puedo menos de recordar al uno y al otro cuando oigo decir que la venganza es sabrosa ó la titula algún majadero el *placer de los dioses*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

#### UN GIFFARD DE FUEGO

Si la *Naturaleza* pertenece al bello sexo, como su nombre lo indica y la tradición lo enseña, forzoso es confesar, en acatamiento á la justicia, que es señora por todo extremo juiciosa y en alto grado económica. Producir los mayores efectos con el menor gasto; utilizarlo todo, lo grande como lo pequeño; conservar íntegro el capital de la familia; no vagar inútilmente por extraviados senderos; ir por el contrario, siguiendo el camino más corto, á sus haciendas y deberes; no suspender sus trabajos ni un solo instante; tales son sus buenas y ejemplares costumbres, y sus invariables principios.

Por el camino *recto* va la luz, cuando las dificultades que encuentra no le obligan á torcer el rumbo, buscando siempre la menor distancia, compatible con las dificultades de la marcha, como sucede en la reflexión, en la refracción y en otros muchos fenómenos de la Óptica.

Su *energía* conserva íntegra, procurando ganar por un concepto lo que por otro concepto pueda perder; como sucede en las infinitas transformaciones del calor en electricidad, de la electricidad en trabajo mecánico, de la corriente en luz, y de la luz en acción química, pasando así en evolución eterna, de unas en otras formas en el seno de un todo invariable y constante.

Por el principio de la *menor acción* demuestra en mecánica, que las leyes del mundo físico, tal como está ordenado, son las más económicas entre todas las leyes que hubieran podido imponerse á la materia.

Y de esta suerte pudiéramos ir ensalzando las cualidades de la *madre común*, su previsión y su arreglo en la inmensa faena del mundo inorgánico.

Pero si la *madre* es adorable modelo de juicio y prudencia, hay que reconocer humildemente que sus señores hijos, los *humanos*, no han heredado las virtudes domésticas de la que, en su propio seno y con sus maravillosas fuerzas vitales, les dió inteligencia y actividad, y forma nobilísima para ejemplo y estímulo de las artes plásticas.

El hombre es de suyo derrochador y despilfarrado, y en sus grandes orgías devora todo el capital de la familia, sin cuidarse del porvenir de sus descendientes, ni de la pobreza en que ha de sumir á las futuras generaciones.

Derrocha su ingenio no pocas veces en insustancialida-

des; aniquila sus energías en el vicio; derrama su sangre á torrentes en los campos de batalla, por causas santas en alguna ocasión, por odiosas ambiciones en otras muchas; y en lo grande como en lo pequeño, por cada trance en que se muestra digno de su grandeza, en otros mil preséntase como un *sublime calavera*, que cuaja la historia de aventuras escandalosas y asombra y deslumbra con sus gigantescas excentricidades.

Entre otras infinitas que pudiéramos presentar, valga esta prueba de las afirmaciones que preceden.

Trabajó por nosotros durante siglos y siglos, que se cuentan por millares, el astro central de nuestro sistema planetario, á fin de economizarnos un respetable caudal de fuerza bajo forma de *carbón*.

Hubiera sido de ver, si hubiera podido verse, al sol de los tiempos prehistóricos, tendiendo hacia latierra, como dedos gigantes, sus infinitos rayos de luz: cogiendo con toda delicadeza cada molécula de *ácido carbónico*, separando de una parte el oxígeno y de otra el carbono, lanzando aquél á la atmósfera y colocando cuidadosamente en el maravilloso tejido vegetal el átomo libre de carbono.

Hubiera sido de ver, decimos, cómo arrojaba bajo tierra ramas y troncos carbonizados; cómo prensaba durante siglos y siglos los grandes depósitos de hulla; y cómo conservaba la provisión de fuerza, de calor, de luz y de energía, en las grandes cuevas del edificio geológico, para regalo y riqueza de sus ingratos, imprevisores y mal educados descendientes.

Porque acababa el siglo XVIII comenzaba el nuestro, y cayó el hombre en la cuenta de que esto de quemar carbón es manera sencillísima de obtener inmensa fuerza motriz, y es por ende centuplicar las energías de la industria, dar alientos de vapor al comercio, y satisfacción espléndida á las mil y mil necesidades de la raza humana, comprimidas por la miseria en los siglos medios, y despiertas y codiciosas de placer en los tiempos modernos, por la facilidad con que el placer se brinda, y el poco trabajo con que se consigue.

Bien echado está el cálculo, y no fué otro el objeto de la próspera naturaleza al ordenar á su gigantesco y activo servidor, el gran astro del día, que separase en las brumosas atmósferas de los bosques primitivos, de una parte todo el oxígeno y de otra, en la masa vegetal, todo el carbono que con el aire vital hallábase combinado.

Obrero maravilloso fué el sol y á conciencia, si la tiene, cumplió el mandato recibido: separados fueron el oxígeno y el carbono, consumiéndose en separarlos un inmenso trabajo, que durante miles de años ha permanecido bajo forma *potencial*: en la atmósfera ha vagado el oxígeno; en las entrañas de la tierra ha dormitado el carbono; y cuando en el hogar de una máquina se encuentre un trozo de hulla y una corriente de aire, al precipitarse y unirse, engendrarán todo aquel trabajo que el sol empleó en alejarlos uno de otro y, bajo forma de calor, obtendrá la industria moderna la energía acumulada en las primeras edades de nuestro globo.

De su herencia dispone el hombre, y no está en ello el daño, sino en que tira y derrocha, como antes decíamos, de modo tal, que en tres ó cuatro siglos habrá consumido todo su patrimonio, agotando las ricas minas de carbón de piedra, que no há muchos años parecían inagotables y cuyo fondo hoy con espanto se calcula, y se ve como ve el pródigo en el fondo del arca las últimas onzas de oro que su buen padre economizó durante toda una vida de laboriosidad y privaciones.

Y no decimos que *derrocha* porque *gaste*, sino porque consume cantidades enormes sin utilizar de ellas más que una pequeñísima parte.

He aquí la demostración, bajo forma de unas cuantas cifras.

Para separar de un kilogramo de carbón el oxígeno que con él se hallaba combinado, empleó el sol de las primeras edades geológicas, un trabajo representado por 3 millones 400,000 kilográmetros, de suerte que al quemar hulla en una de nuestras máquinas de vapor, es decir, al estimular la unión de cada *hilo*gramo de combustible con el oxígeno correspondiente á esta masa de carbono, *consumimos* 3,400,000 kilográmetros.

Pero de esta cantidad total, ¿qué parte se utiliza?

Esto es lo triste, aquí está el derroche, y en él consiste la gran responsabilidad de la generación presente para con las generaciones venideras.

Cada kilogramo de carbón consumido, sólo produce, aún en las máquinas más perfectas, 270,000 kilográmetros.

Destruir 3,400,000 kilográmetros y no aprovechar más que 270,000 km., es lo mismo que utilizar el 8 por 100; ni la *décima parte* siquiera de la fuerza total.

Es lo mismo, repetimos, que si el heredero de una gran fortuna de cada 100 duros de su capital utiliza 8, arrojando los 92 restantes por la ventana; y séanos permitido lo vulgar del ejemplo, en gracia á su exactitud y á su claridad.

Y si bien es cierto que el 2.º principio de la Termodinámica demuestra que la transformación del calor en trabajo no puede realizarse por la totalidad de aquél, no es suficiente esta circunstancia para justificar la pérdida absoluta de fuerza motriz que con el sistema actual hemos señalado, y que en términos generales aceptan todos los autores que de esta materia tratan. Basta con observar que más del 50 por 100 de la fuerza que representa el combustible huye á la atmósfera y en ella se pierde por la chimenea de la máquina en espesas y caldeadas nubes de humo.

Sería una transformación total de las industrias y un

aumento extraordinario de riqueza, cualquier invención que permitiese aprovechar de ese 92 por 100 de pérdida, otro 8 por 100 siquiera: que en esta modestísima hipótesis la fuerza industrial se habría duplicado de un golpe, y aun quedaba el campo abierto á nuevas invenciones para triplicarla, cuadruplicarla y recorrer toda la escala del 8 por 100 al 100 por 100 como límite.

No es esta pérdida un misterio; que harto se conoce, y harto se encarece; y á reducirla en lo posible tienden numerosos inventos: las envolventes de vapor, la expansión del mismo por escalones, las máquinas compound; el sistema de cadenas metálicas de Mr. Tellier; y tantas y tantas combinaciones ingeniosísimas y más ó menos útiles en la práctica.

Pero con ser importante en sumo grado lo que hasta aquí llevamos escrito, no se explica el título del presente artículo, ni adivinará fácilmente el lector qué es, ni qué relación tiene con la economía de combustible un *Giffard de fuego*.

Ante todo, ó mejor dicho, después de todo, porque estas breves líneas tocan á su término, recordemos al que lo haya olvidado, ó expliquemos al que no lo sepa, que Mr. Giffard era un célebre ingeniero francés, que trabajó brillantemente en el problema de la navegación aérea; que inventó un *inyector* ingeniosísimo para alimentar de agua las calderas de las máquinas, con cuya invención hizo poderoso; y que á dicho mecanismo, hoy uni-

versalmente empleado, se le da el nombre de *Inyector Giffard*.

Pues bien, si convirtiéramos el hogar y la chimenea de una máquina en un enorme inyector; si los productos de la combustión en vez de perderse en la atmósfera actuasen por su propia fuerza expansiva dentro de la misma chimenea; si utilizando una parte de su fuerza el mecanismo lanzase sobre las ascuas del hogar una violenta corriente de aire; y si todo estuviese protegido por envolventes aisladoras; tendríamos lo que pudiera llamarse un *Giffard de fuego*, porque en vez de circular por él vapor de agua y agua absorbida de un depósito, circularían directamente los productos de la combustión actuando como fuerza motriz.

Y como el artículo termina, es imposible que desarrollemos esta concepción más que teórica, de puro simbolismo científico; y con la cual hemos procurado dar forma sensible á uno de los problemas capitales de la industria moderna y de la Termodinámica: utilizar toda la energía de que es capaz un combustible, suprimiendo las pérdidas del hogar, del humo y del aire calientes, de los enfriamientos, de las expansiones incompletas, de la temperatura final y de toda clase de resistencias pasivas.

Mucho pedir es, pero en el pedir no hay engaño, según dice el popularísimo refrán de pedigüenos y esperanzados.

J. ECHEGARAY

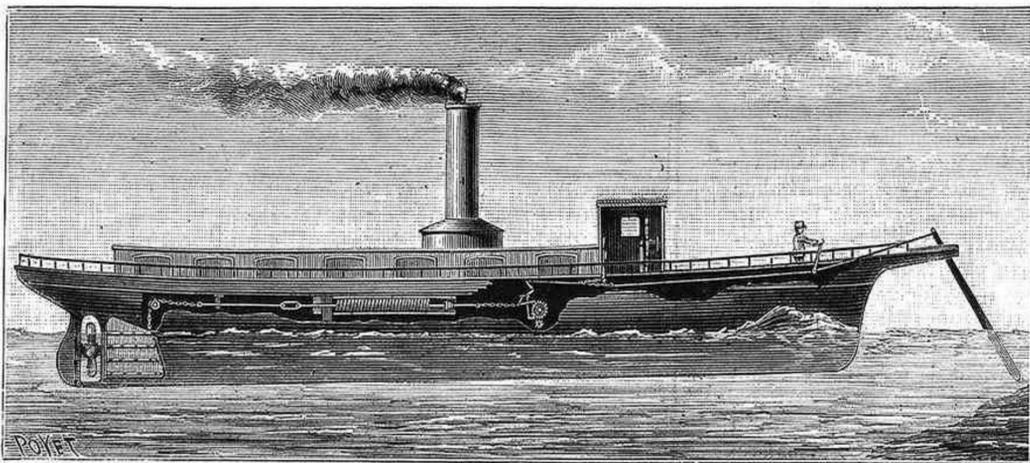


Fig. 1.—El buque *Ciudad de Florencia* con el freno de Mac-Adán

## EL FRENO DE MAC-ADÁN PARA LOS BUQUES

(Artículo tomado del periódico *La Nature*)

No es posible hallar ningún medio de locomoción que no ofrezca peligros, y éstos son tanto más graves cuanto mayor sea la velocidad del medio de transporte empleado. Por esta razón los trenes de los ferrocarriles, en los que la velocidad es muy grande, si encuentran en su marcha algún obstáculo, ocasionan espantosos siniestros. La catástrofe de Monte Carlo, que tuvo lugar á principios del año actual, puede servirnos de triste ejemplo. Para poder evitar tales peligros, basta que cuando se tema fundamentalmente un choque, haya un freno bastante enérgico que pueda detener repentinamente, ó casi de repente, los vehículos que forman al tren. El freno de Westinghouse ha venido casi á llenar esta necesidad en los ferrocarriles, porque facilita la detención de un tren en un corto espacio y porque en la práctica se han evitado muchos choques merced á su uso.

La locomoción marina por medio de buques de vela ó de vapor no está exenta de tales peligros, ya porque las colisiones ó choques entre dos de ellos son más frecuentes, ya también por la dificultad que hay en evitar el encuentro de los hielos flotantes.

En la navegación, como en la locomoción terrestre, es necesario un freno: pero en la primera se necesita obtenerle en la misma agua en que se mueve.

A este fin ha construído, hace poco, el americano Mac Adán un ingenioso aparato del que vamos á dar á nuestros lectores algunos detalles tomados del *Scientific American* de Nueva-York.

A fin de conseguir Mac-Adán detener de repente á un buque en movimiento, ha tenido la idea de colocar en los dos costados posteriores del mismo dos paletas ó compuertas que por su gran superficie pudieran servir de freno.

Semejante idea, muy sencilla en teoría, ha obtenido resultados prácticos. La fig. 1. nos presenta la manera de funcionar el aparato. Las anchas paletas, revestidas de planchas de hierro y protegidas por bandas del mismo metal, están montadas sobre charnelas y colocadas en el codaste, en la parte anterior del bastidor del hélice. Cuando el aparato no funciona, quedan en contacto con los costados del buque, y á fin de que conserven esta posición, se las sujeta por medio de fuertes cadenas que salen por los escobenes abiertos en el casco. Si se desea que funcione el freno con objeto de que disminuya la velocidad del buque, basta sólo que se abran las paletas, en cuyo caso toman la posición que se indica en la fig. 2; pero al mismo tiempo que esta maniobra ha de ser rápida, es necesario que no sea violenta y que se eviten los choques bruscos. Para obtener este efecto, las cadenas suben á la parte superior sobre la línea de flotación y, después de haber pasado por galetes dispuestos de la manera más conveniente, se sujetan á fuertes resortes en forma espi-

ral, que funcionan en cilindros, como puede verse en la fig. 1., y moderan los choques al abrirse las paletas por medio de la acción de la cadena sobre el eje ó tronco del cilindro.

En la posición habitual, ó sea durante la marcha normal del buque, un aparato de enganche hace que las compuertas estén perfectamente abiertas. Un alambre de acero, que corre á proa, permite que se maneje fácilmente el pasador ó desenganche, bien desde el camarote del capitán, bien desde el puesto que ocupa el timonel ó bien automáticamente por medio de una berlinga colocada en la proa y que toca en el fondo cuando hay poca agua.

Cuando se verifica el desenganche, los pequeños resortes que se encuentran entre los costados del buque y las compuertas, hacen que éstas se muevan suavemente hacia fuera; el agua penetra en las aberturas, y por medio de los resortes interiores se lleva á cabo la separación moderada de las paletas.

El aparato anterior se ha montado en un vapor de 170 toneladas, *Ciudad de Florencia*, que mide 39<sup>m</sup> metros de eslora, 6,30<sup>m</sup> de manga, 3,30<sup>m</sup> de calado, y cuyas paletas ó compuertas tienen una superficie de 10 metros. Marchando el buque á toda velocidad, se ha detenido á los 22 segundos después de haberse cerrado la caja de vapor; y

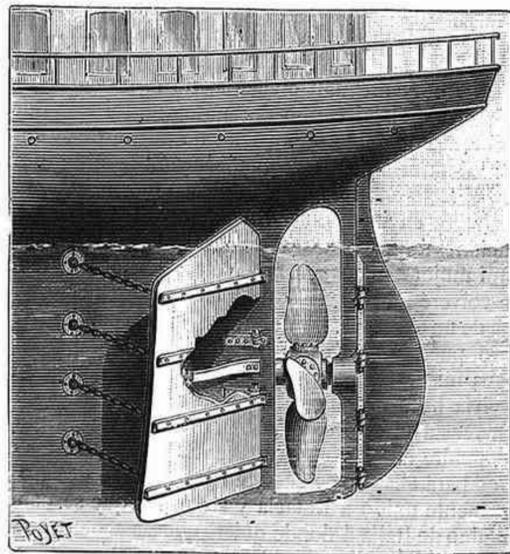


Fig. 2.—Freno para los buques, abierto y funcionando

dando contravapor, á los 12 segundos. Se han hecho también ensayos abriendo las paletas cuando marcha á toda velocidad, y el andar reposado del buque ha demostrado los útiles y beneficiosos resultados del freno de Mac-Adán.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN